

tratan como á niños. Uno de ellos viendo el otro día á un pequeño «tote» (1) que sin poder llegar á ella, agotaba todos sus esfuerzos por cargar una de las mulas, le levantó del suelo con su fardo, le puso sobre la cabeza en equilibrio y le paseó así por todo el campo, á pesar de la resistencia del pobre diablo que se movía mucho y en medio de la risa universal. Después que le dejó en el suelo, cargó la mula en

dos tiempos y terminó con dos ó tres caricias amigables, que por parte de un hércules semejante, tenían un carácter tal cual desdeñoso.

10 de octubre. *Sagéséra*.—Envié, pero sin resultado, un destacamento de beluchis en persecucion de nuestros desertores y de nuestras cabras. Kirongo (Agujero) phanzé de Sagéséra, viene á ofrecernos sus homenajes y arroz. El jeque pretesta una enfermedad



Saïd-Majid, sultan de Zanzibar.

para no tener que arreglar nuestras cuentas con este personaje. Bombay se encarga de hacerle aceptar un dabuani y 4 metros de cotón americana. La fuerza de que dispongo me da derecho á resistir exigencias ridiculas, y no quiero preparar obstáculos á los viajeros futuros, con prodigalidades que autorizarían mas tarde estas rapiñas de la raza negra. Busco en vano el río Mukondokua de que me habían hablado durante mi primera expedición y que según me dijeron se unía al Kingani en las inmediaciones de Sagéséra. Agujero, que apenas viaja, no puede darme noticias relativamente á este objeto. Fuera del Kin-

(1) Abreviatura familiar de la palabra *hotentote*.

gani ningún otro río le es personalmente conocido, como no sea el Vuami, que atraviesa el Uzegura y en cuya embocadura se halla Utondué, entre los puertos de Whindi y de Saadani.

Para poner término á las deserciones de los hombres del sultan Majid, he tratado en vano de amalgamarlos con los vuanguanos. Rehusan obstinadamente y el campo indígena ha quedado compuesto de diversos grupos de dos á diez hombres, que habiendo pertenecido al mismo amo, ó nacido en la misma ciudad, ó que deseando conservar intacto un lazo de familia del que solo ellos tienen el secreto, hacen mesa comun, cama comun y en caso de necesidad rebelion comun. No habiendo podido lograr

fundirlos unos en otros, estiendo algunos «billetes de emancipacion,» y reuniendo á los hombres del sultan, escojo los mejores y les entrego como con recompensa estos preciosos documentos. En seguida anuncio que de hoy en adelante su paga y sus gratificaciones serian iguales á las de los vuanguanos. Añado que los demás gozarán del mismo beneficio, desde el momento en que lo merezcan por su conducta, pero que si desertan, deben saber que tengo el brazo bastante lar-

go para hacerlos prender si se atreven á mostrarse en la costa.

11 de octubre. *Makutaniro*.—Aquí es donde el camino en que nos encontramos se une con el de Mboamaji y el de Konduchi que atraviesan el Uzaramo central y por los cuales cuando mi primera expedición concluí mi viaje de vuelta. Las minas á flor de tierra abiertas para la extraccion de la goma copal, concluyen en este sitio. La palmera *dum* no va mas



Habitantes de Uzaramo.

lejos; los grandes árboles de rico follaje que adornan la llanura inferior están reemplazados por la mimosa; la pendiente del Kingani no es demasiado grande, y en lugar de costear un ribazo escarpado, nos hallamos en una especie de parque en medio del campo, donde los antílopes corren libremente, donde de vez en cuando se encuentran la zebra y el búfalo y donde las pintadas están en abundancia.

12 de octubre. *Matamombo*.—13 de octubre. *Déjé la Mhora*.—A la salida del parque que poco há atravesamos se halla la porcion mas fértil del Uzaramo. Aquí es donde murió un francés, M. Maizan, jefe de la primera expedición europea que se aventuró á re-

correr estos parajes. He obtenido del mismo asesino, del sub-jefe Hembé, los detalles mas confidentiales sobre el asesinato, del que ha sido el principal agente. Una larga impunidad le hace suponer que el recuerdo de su crimen está casi estinguido, y habla sin temer las consecuencias de una indiscrecion. No ha hecho en suma, dice, matando á M. Maizan, sino ejecutar las instrucciones escritas por su padre Mzungéera, uno de los diluanes de la costa. Es, pues, evidente que el atentado de que fue víctima el viajero, ha sido organizado por los traficantes árabes y dictado á estos por la envidia que les inspira todo europeo, cuyos esfuerzos tienden, mas ó menos directa-

mente, á poner en claro los misterios de su comercio y á dar á conocer los orígenes de sus inmensos beneficios.

III.

El Usagara.

Por una pendiente insensible á la vista, nos hallamos á 500 pies de elevacion por cima del curso del rio, y tenemos ante nosotros en dos líneas perfectamente destacadas, una cadena de montañas que de vez en cuando se eleva á 5 ó 6,000 pies. Están habitadas por una raza medio pastoril y medio agrícola, que allí donde puede encontrar agua y ponerse al abrigo de esas guerras que son en definitiva verdaderas cazas de hombres, sabe hacer producir al terreno abundantes cosechas; los habitantes, tímidos y esquivos, pobremente vestidos y de rostro hambriento, trepan á las alturas mas inaccesibles; sus aldeas se componen de chozas cónicas en mayor ó menor número, segun que sus jefes tienen mas ó menos influencia. Es muy difícil procurarse telas en estos Estados; la mayor parte de sus habitantes llevan una vestimenta que de buena gana llamaria «vestido de yerba» (1). En lugar de imponer contribucion á las caravanas, huyen generalmente al aproximarse estas, y ninguna promesa, ninguna oferta les puede decidir á arriesgar la probabilidad de una de tantas traiciones como han sufrido.

El 17 y el 18 fueron dos dias destinados á hacer alto y á la caza. La caza era abundante, y á pesar de que una gran parte de los animales heridos llegó á escaparse, el campo estuvo ámpliamente provisto de carne. Por desgracia no pudimos alcanzar en este vasto parque, donde sin embargo los habia en abundancia, ni elefantes, ni rinocerontes, ni girafas, ni búfalos, ni antílopes, ni zebras, sin hablar de leones y de hienas.

Aquí se manifestaron por primera vez el descontento y el mal carácter de maese Baraka, general en jefe de nuestros vuanguanos. Este hombre,—de una inteligencia notable y que pudo habernos sido muy útil,—llegó á ser poco á poco por su ambicion y su envidia el azote de nuestra caravana. La confianza que teníamos en Bombay y en el jeque Said, le apesadumbraba. Convencido de su superioridad, pretendió subordinarlos á su autoridad poco á poco y llegar á ser el indispensable, el factotum de la expedicion. El primer paso en este camino fue hacerse demasiado insolente, para que el capitán Grant, de quien era ayuda de cámara, renunciase á emplearle como tal. Se le dió á Frij para que le reemplazara, y esta combinacion en el primer momento pareció contentarle, mas bajo esta apariencia de satisfaccion se ocultaban

(1) A kilt of grass el kilt es el faldellín de los escoceses.

su enfado y sus odios, cuyo secreto no descubrimos hasta algunos meses despues.

19 y 20 de octubre. *Kiruru*.—El estado higiénico de nuestros hotentotes es cada vez peor. El capitán Grant ha cogido una fiebre parecida á la que tuve cuando mi primera expedicion. Pero mientras que á mí me faltó al cabo de un año, la del capitán reapareció todas las quincenas hasta el fin del viaje.

21 de octubre. *Dushumi*.—22. *Hozu*.—Quisiera precipitar nuestra marcha para llegar lo mas pronto posible á Zungomero, donde un descanso de algunos dias me seria muy necesario para fijar, por medio de observaciones astronómicas, la longitud de la parte oriental de la cadena achatada que acabamos de trepar. Nuestros portadores, á quienes la abundancia de alimentos hace holgazanes, dicen que vamos demasiado de prisa y rehusan marchar. Los razonamientos no hacen mella en ellos, y me repugna usar del látigo, que es lo que hacen los árabes en semejantes circunstancias. Me limito pues á marchar con las mulas y las gentes de la costa, dejando al jeque Said y á Baraka el cuidado de traer, en cuanto puedan, los rebeldes vuanamuézi.

23 de octubre. *Zungomero*.—Situado á los 7° 26' 53" de latitud Sur y á los 37° 36' 45" de longitud Este, Zungomero está rodeado de un hermoso anfiteatro de montañas. El país ocupado por el Mgeta, es de una fertilidad admirable; pero la trata le ha despoblado poco á poco y cambiado en maleza sus florecientes jardines. Los vuasuahili asolan la comarca, y acabamos de ver desfilar uno de sus convoyes que se dirige hácia la costa con cien cabezas de ganado, como unas cincuenta cabras é igual número de esclavos encadenados. Baraka llega á hacerse cada vez mas incómodo, y Bombay, por cuyas instancias nos habíamos determinado á llevarle con nosotros, acaba de decirme, en un estado de extrema agitacion, que le es imposible soportar por mas tiempo el mal proceder y las calumnias de su colega. Intimidado éste á que se esplique, responde con una dulzura páfida que me hace creer que Bombay es su cómplice. A fuerza de buenas palabras, consigo calmar esta diferencia, y el 27 nos volvemos á poner en camino.

28 de octubre. Alto en *Kivengué*.—Durante la marcha de ayer, tres de nuestros portadores, dejando sus fardos en el suelo han huido; una de nuestras mejores mulas ha muerto despues de diez y ocho horas de padecimientos. Contábamos con poder tomar aquí provisiones, pero los cazadores de esclavos no han dejado nada; la aldea está absolutamente desierta. Es necesario mandar á comprar granos á la region de que acabamos de salir. Con este motivo perdemos tres dias; por fortuna el país es pintoresco y contrasta bajo este concepto, con el que hemos visto desde nuestra salida de la costa.

Del 30 de octubre al 5 de noviembre.—He encontrado cerca de la antigua aldea de Mbuiga un amigo de nuestro jequecito, en cuyas manos he dejado tres de nuestros hotentotes mas enfermos,—una de nuestras mulas sobre la cual podrán montar uno despues de otro,—y en fin, todas las muestras recogidas desde mi última remesa. Me privo tambien, hasta mi vuelta, de la cámara fotográfica. Si dejase á mi compañero que se entregase á este trabajo, el calor que tendria que soportar en la pequeña tienda donde prepara y fija sus planchas, concluiria por matarle infaliblemente. Un viajero árabe me ha dicho que el distrito marero ha sido completamente devastado por los merodeadores vuahihis. Esta noticia me obliga á modificar nuestro plan y á tomar un camino nuevo para llegar al Ugogi; el hambre hace estragos en el camino que queríamos seguir.

6 y 7 de noviembre. *Muhanda* y *M'yombo*.—Los habitantes de Muhanda se dispersan en cuanto nos ven aparecer; llegamos sin embargo á comprarles algunas provisiones, pero á precios fabulosos. Nuestros hombres mandados á buscar forraje tienen órden de no exigir nada. Esta moderacion tranquiliza tanto á nuestros lugareños, que ahora nos amenazan con un ataque nocturno «habiendo reconocido en nosotros, dicen, la intencion de saquear sus casas y robar sus hijos.» Estos propósitos ponen en alarma el campo, y muchos de nuestros soldados pasan la noche sobre las armas.

8, 9, 10 y 11 de noviembre. *Mbumi*.—Bonita aldea al pie de un grupo de montañas escarpadas; nos dicen que esta es la última donde nos podemos procurar las provisiones necesarias para las diez jornadas que nos separan del Ugogo (140 millas de distancia). El jefe del sitio se muestra de una afabilidad rara; sus frecuentes viajes á Zanzibar le han enseñado á conocer á los ingleses; sabe que son enemigos de la esclavitud, de la cual él mismo no se sustrajo sino abandonando su residencia primitiva, á orillas del Mukondokua. Un hotentote que se ha empeñado en dormir al sol del medio dia paga con su vida esta imprudencia fatalista. Ninguno de sus camaradas parece que se halle sorprendido de que haya arrostrado de esta manera una muerte casi segura. «Ha muerto, dicen, porque ha querido;» y no se asombran. Esta catástrofe me habria decidido á hacerlos volver á todos, pero como no hay ninguno que no prefiera seguir mi fortuna, escojo solo á dos de los mas enfermos, los cuales quedarán en Mbumi, á las órdenes de Tabib (1), hasta que se presente una ocasion oportuna de mandarles á la costa. Antes de nuestra partida, unos cuarenta vauquivas (tribu vecina) llegan hasta nosotros obligados por el hambre para comprar algu-

(1) Antiguo criado del coronel Rigby.

nos alimentos. Nuestro huésped—teniendo que vengar la muerte de algunos de los suyos, muertos en otro tiempo por los vauquivas—se apodera de estos desgraciados, hombres y mujeres, y declara que los venderá en Zanzibar, si no pueden alegar alguna razon acerca de los asesinatos cometidos en su detrimento.

12, 13, 14, 15 y 16 de noviembre.—Nuestras estaciones durante estas jornadas nos han conducido sucesivamente á Mdunhwi, á Tzanzi, á Manyongé, y á Rumuma. Hemos atravesado el Mdunhwi, tributario del Mukondokua y el Rumuma, á cuya orilla pasamos el dia 16 metidos en un matorral. Avanzamos así á marchas forzadas, y aunque á primera vista parecieran duras, hallamos con ellas despues grandes ventajas, porque abreviando la duracion del trayecto, disminuian de la misma manera los riesgos de enfermedad, guerra, hambre y sublevacion.

Llegamos por fin el 17 á Inengé al pie de la cadena occidental; pero no llegamos todos. Algunos rezagados, estropeados por la fatiga y la sed, se habian quedado atrás. El jefe de los hotentotes, extraviado por seguir á una mula que se habia perdido, necesitó se mandara un destacamento de veinte hombres que al fin lo encontraron y con él trajeron cuatro prisioneros, dos hombres y dos mujeres, hechos á consecuencia de una riña con los indígenas. Les conservé en mi poder pensando que me volverian á traer la mula como por rescate; aguardé inútilmente hasta el 20; pero cansado de tenerlos, me fue necesario darles libertad, atendida la escasez siempre creciente de nuestras provisiones. Me dejaron con pena porque el régimen del campamento les parecia maravilloso; jamás habian estado tan bien alimentados y se lamentaban de volver á vivir de «pan de mono» al pie de los calabaceros enormes que les proporcionan este alimento primitivo.

La noche del 20 al 21 de noviembre nos halló acampados en un barranco, al pie de la gran cadena occidental y no lejos de la estacion de Ugogo, donde terminan las montañas del Usagara.

IV.

El Ugogo y el desierto de Mgunda-Mklali.

Despues de dos dias de campamentos, llegamos al Ugogo para pasar en él los dias 23, 24 y 25. El país tiene un aspecto salvaje, y los habitantes, siempre armados, molestan al viajero por su asidua curiosidad, por sus demostraciones chanceras y por su familiaridad grosera. Por eso las caravanas acampan por lo general fuera de las aldeas y entre las higueras y los calabaceros (*bugu*) que brotan por todos lados. El agua es muy rara en el Ugogo; se paga al mismo precio que cuesta ordinariamente la cerveza indígena. Así es

que me hallé muy contrariado por tener que hacer alto á consecuencia de la desercion de nuestras mulas, que burlando la vigilancia de los encargados de su custodia, se volvieron hasta Marenga-Mkhali (Agua-Salada), de donde nos las devolvieron algunos vuagagos que se habian encargado de esta tarea, mediante 4 metros de merkani, pagados adelantados, y otros 4 que les prometí darles cuando volvisen. Durante esta residencia forzosa, oimos hablar de los vua-

humba, merodeadores temibles, cuya próxima llegada se anunciaba. El 26 las mulas habian ya vuelto y nos pusimos en camino. El 27 la fatiga de estos animales nos obligó á hacer alto en Kanyanyé: ocho de nuestros portadores vuanamuezi desaparecen en este dia y se llevan lo mejor de su cargamento. Aprovecho el plazo para ir á colocarme en acecho, siguiendo la direccion de un guia indígena, á las inmediaciones de una especie de estanque frecuentado por los rino-



Vista de las montañas al Oeste de Zungomero.

cerontes. Es necesario esperarlos hasta media noche, y mi guia, del que se apoderó de repente un terror pánico, me dejó solo en mi puesto; pero apenas habia desaparecido furtivamente, cuando ví dibujarse en el horizonte que bañaba la claridad de la luna, el perfil del animal, cuya venida esperaba. Sus pasos eran inquietos y parecia presentir alguna desgracia. Hice fundadas sus creencias, porque deslizándome á gatas en direccion á él y á lo largo del ribazo que me ocultaba y llegando á una distancia como de 80 metros de él, puse una bala en su espaldilla izquierda. Era la primera vez que un rinoceronte moria á mis manos. Este triunfo me animó á buscar otros y aten-

dida la necesidad de carne que ya se hacia sentir entre nuestras gentes, ocupé otra vez mi puesto para esperar nueva ocasion. Al cabo de algun tiempo ví llegar con las mismas demostraciones de inquietud otros dos rinocerontes. Pronto se pusieron á mi alcance y mas inmediatos que el primero; pero la luna no les iluminaba tan bien. Acompañado de dos negritos del jeque, á quienes habia encargado mi segunda carabina para estar preparado á cualquier eventualidad, mandé una bala al mas gordo de los dos. El tiro le hizo dar una vuelta y una especie de ladrido formidable, lo cual le espuso lo mas favorablemente del mundo á un segundo golpe. ¡Pero ay!

cuando me volví bruscamente para tomar mi arma de repuesto, mis negritos habian partido hacia largo tiempo y trepaban como dos monos á uno de los árboles vecinos. El rinoceronte al mismo tiempo,—y esta circunstancia fue feliz para mí,—tomó el partido de huir lo mas de prisa que pudo; se escapó, no dejando en pos de sí ningun rastro de sangre, como sucede generalmente cuando la herida es producida por bala cónica.

Tal fue la obra de aquella noche. Al dia siguiente á la aurora, nuestros hombres, avisados de lo que habia pasado, se apresuraron á acudir, antes que los vuagagos hubiesen olfateado el cadáver abandonado en la espesura del bosque. Pero apenas habian puesto el cuchillo en la dura piel del animal, cuando los indígenas afluyeron en gran número de todas partes: entonces hubo entre ellos y nuestras gentes una lucha odiosa y grotesca, en la que se disputaban los en-



El capitán Speke cazando búfalos.

sangrentados despojos de esta improvisada carnicería; cada aldeano huia hácia su morada tan pronto como habia podido poner mano sobre algun pedazo escogido que temia le arrebataran á viva fuerza.

Mis aventuras de fin del mes y de la primera semana de diciembre no merecen contarse; pero la del dia 8 fue notable por curiosos incidentes. Salí temprano acompañado de los dos negritos del jeque (Suliman y Faraj), cada uno de los cuales llevaba una carabina y yo una simple escopeta de caza bajo el brazo. Una vez en los sotos, oí hácia mi izquierda un fuerte mugido de búfalo. En seguida, dirigiéndome hácia este lado, descubrí un numeroso rebaño que

pastaba con toda seguridad. Antes que hubiesen recelado de mi presencia, una de las hembras habia recibido una bala en medio del cuerpo. Volví á cargar inmediatamente y apunté á un toro que quedó aturdido con el golpe. Entonces todo el rebaño se puso en movimiento; pero no sabiendo de dónde venia la descarga, los animales iban y venian indecisos. Aproveché el momento que me dejaban, primero para rematar la hembra herida, despues para mandar mi cuarta bala al toro conductor que se espantó y comenzó á huir. La tropa de que era jefe empezó á moverse en la misma direccion.

Me lancé siguiendo la pista, llamando á mis dos